



Capítulo 451: Hola, señora Spider.

El territorio era vasto.

Virgilio había caminado menos de treinta metros desde que cruzó los primeros hilos de seda, y ya parecía estar completamente rodeado por aquella catedral de redes. Era como caminar dentro de una burbuja suspendida —el mundo entero parecía haber estado envuelto por una membrana viscosa de hilos blancos, gruesos como tentáculos momificados.

Las ramas de arriba formaban un techo estrecho, distorsionando incluso la luz. No hay sonido de pájaros. Sin viento. Ni siquiera su silbato escapó correctamente — la red pareció absorber el sonido como una tumba hambrienta.

"Vaya," Vergil murmuró sarcásticamente. "Es más sofocante que una cena familiar."

Zuri, todavía envuelto alrededor de su cuello, entrecerró los ojos. "Es literalmente asfixiante, idiota. Esta es una trampa a escala ecológica. Deberías preocuparte más por—"

Virgilio la ignoró por completo y se detuvo frente a una gruesa pared de hilos entrelazados. Chasqueó los dedos. Una pequeña llama apareció en su palma, parpadeando con un calor infernal, y tomó forma, arremolinándose como si tuviera vida propia. En segundos, había creado una rudimentaria lanza de fuego, cuyas llamas bailaban en espirales negras y naranjas.

"Oh, esto otra vez..." Zuri puso los ojos en blanco. "¿Vas a meter eso en el bosque ahora? ¿No puedes esperar y ver si las arañas son diplomáticas?"



Virgilio blandió la lanza y comenzó a cortar la red con humillante facilidad. El olor a seda quemada se extendía, espeso, mezclado con un ligero olor a carne vieja.

"Zuri," respondió sonriendo con falsa paciencia, "si un monstruo web es diplomático, juro que lo invitaré a tomar el té."

"Apuesto a que tu definición de té implica fuego griego y amenazas existenciales."

"Exactamente."

Continuó despejando el camino, quemando cuidadosamente los hilos, atento a los movimientos de su entorno—pero todavía con la misma calma de alguien caminando por un mercado callejero.

Fue entonces cuando sucedió.

Zuri, que hasta entonces había estado visiblemente nervioso, de repente dejó escapar una confusión "¿Eh?"

Una pequeña cosa —blanca, peluda, con ojos redondos y negros— subía lentamente por la bota de Virgilio. Tenía ocho patas delicadas y era del tamaño de un libro grueso, como una edición de colecciónista de El Señor de los Anillos con tapa dura.

"Mira," dijo Zuri con un ligero encantamiento en su voz, "es un cachorro. Ella en realidad es bastante linda..."



¡CRACK!

El sonido era agudo. La bota de Virgilio cayó con la facilidad de que alguien aplastara una uva.

La araña se convirtió en una masa informe de limo y patas retorcidas, salpicando un líquido blanco y maloliente a un lado. Zuri se quedó paralizado por un segundo, con la boca abierta, mirando desde la sustancia viscosa a Vergil.

"VERGIL?!"

"Instinto," respondió con la misma expresión que alguien que había matado una cucaracha en la cocina. "Estaba en mi pierna. No tengo control sobre esa parte de mi cerebro."

"¡NO TE ESTABA ATACANDO!"



"Era una araña. En un bosque de redes. En un lugar que apesta a muerte. Ni siquiera lo pensé, simplemente lo hice."

Zuri chasqueó la lengua. "Tienes el carisma de un misil, ¿lo sabías?"

Vergil simplemente se encogió de hombros, apartando más redes con su lanza en llamas. "Vino a mí. ¿Nunca has visto una cucaracha queriendo cariño?"

"¡Eso era un bebé!"

"Entonces deja que la madre venga y me demande."



Zuri murmuró algo sobre "tomar malas decisiones en compañeros de vida y espero que no aplastes pequeñas serpientes" y se envolvió más fuerte alrededor de su cuello como si se estuviera preparando para la tormenta que vendría. Vergil siguió adelante, despreocupado, dejando atrás el cadáver pegajoso del bebé.

Y el universo, como siempre, respondió.

El silencio se hizo... más denso.

El aire se enfrió y el olor volvió a cambiar. De carne vieja a algo más ácido— como veneno que se evapora con el calor.

Zuri dejó de quejarse.

"¿Qué es?" Vergil preguntó, mirando por el rabillo del ojo.



"¿No lo sentiste?" Ella susurró, con los ojos entrecerrados. "Algo... despertó."

Virgilio sonrió. "Ahí está la madre."

"¡ESTÁS SONRIENDO!?"

"Por supuesto. ¿No querías diplomacia? Veamos si habla en común."

"Si ella habla, será 'muerte lenta con veneno en los ojos'!"



Un sonido recorría el suelo como una vibración baja, como si se hubiera tocado un tambor enorme bajo tierra. En algún momento algo agitó los árboles. Las redes comenzaron a balancearse sin viento. Trozos de capullos viejos cayeron de las ramas como fruta podrida. Y en las sombras... algo brillaba.

Ojos. Muchos.

"¿Cuántas piernas crees que tiene?" Virgilio preguntó casualmente, preparando su lanza de fuego.

"Más de lo que tengo paciencia para ti, eso es seguro", respondió Zuri temblando. "Aplastaste a su bebé. En un bosque de redes. ¿Sabes lo que eso significa?!"

"Significa," dijo Virgilio con una sonrisa siniestra, "que ahora es personal."

Zuri se atragantó. "Estás realmente enfermo..."

Pero ni siquiera ella pudo evitar un ligero brillo en sus ojos. A pesar del peligro, había algo... emocionante. La emoción de lo desconocido. El sonido creciente de algo colosal acercándose, los cables balanceándose como si tuvieran vida propia. La caza estaba a punto de comenzar.

Y Virgilio, como siempre, estaba listo.

Con la lanza de fuego girando en su mano, tomó su posición. Los pasos de la criatura—o criaturas— se acercaban. El suelo tembló. Y por primera vez desde que pusieron un pie en ese bosque corrupto, había una verdadera sensación de urgencia en el aire.



"Vamos, entonces", dijo en la oscuridad, con una sonrisa despiadada. "Veamos si tu red es lo suficientemente fuerte como para albergar el infierno."

Y entonces... el primer hilo se rompió con una grieta.

Algo gigantesco se movía entre los árboles.

Zuri cerró los ojos.

"Odio mi vida."

Vergil, por supuesto, se reía.

El chasquido del hilo se convirtió en un crujido profundo, como la apertura de una puerta al mismísimo Infierno. Los árboles que iban delante se doblaron como si algo inmenso pasara entre ellos, abriéndose paso con una fuerte resistencia que sacudió el suelo.



Zuri metió su hocico debajo del cuello de Vergil, tratando de esconderse.
"Avísame cuando sea seguro. O cuando mueras. Lo que venga primero."

"Relájate", dijo, haciendo girar la lanza entre sus dedos con la confianza de un loco. "Es sólo una madre protectora. Apuesto a que quiere hablar."

Más redes se rompieron con sonidos de azotes. Una pierna grotesca, cubierta de placas negras como obsidiana y erizada de pelos en forma de agujas, emergió de la oscuridad. Era el diámetro de un árbol maduro. Pronto apareció otro, y luego otro—ocho en total, cada uno moviéndose con precisión letal y elegancia monstruosa.



Entonces ella apareció.

La araña gigante, madre del polluelo aplastado, emergió de las sombras con ojos en llamas y mandíbulas espumando un líquido brillante que derritió las hojas debajo de ella. Su cuerpo era inmenso, del tamaño de una casa de dos pisos, y estaba cubierto de viejas cicatrices. En su espalda, docenas de huevos brillantes latían como corazones enfermos.

Los ojos de Zuri se abrieron. "¡Tiene una mochila llena de bebés! ¡Mataste a una y ahora te escupirá ácido en los ojos hasta que estés en sopa!"

Vergil acaba de emitir un silbido bajo. "Bonita dama. Me imagino que estás... molesto."

La criatura se agachó y bajó su cuerpo al suelo. Sus colmillos temblaban, goteando un hilo viscoso de veneno que se evaporaba en el aire. Sus ojos —muchos, muchos ojos— se fijaron en Virgilio con un odio antiguo.

Virgilio levantó su lanza.

"Lo intentaré con la diplomacia", dijo, aclarándose la garganta. "Oh poderosa y amorosa madre de las arañas, cuyo hijo fue pisoteado por error—bienvenida a mi presencia. Me gustaría—"

¡¡SPLAAASH!!

Le escupieron directamente un chorro de veneno.



Vergil giró hacia un lado, usando su lanza como apoyo y arrojándose al suelo, alejándose del impacto. El veneno golpeó un árbol, disolviéndolo instantáneamente en un chillido burbujeante.

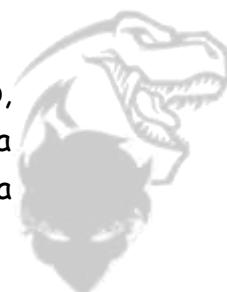
"¡Duro negociador!" Él gritó, riendo.

Zuri, todavía aferrado a su cuello, ahora prácticamente temblaba. "¡Ella quiere arrancarte el alma por la boca!"

"Entonces tendrá que acercarse."

La araña avanzó.

Fue como ver una pesadilla cobrar vida —cada paso se hundía en el suelo, aplastando raíces y haciendo crujir todo el bosque. Vergil corrió, no para escapar, sino para atraer a la criatura a un claro cercano. Quería espacio para moverse, bailar, pelear.



"¿Tienes un plan?" le preguntó a Zuri, tratando de seguir su salto de árbol en árbol con sus ojos.

"Por supuesto."